

Mercedes Abad



Casa en venta

Ilustraciones de Álvaro Ardévol



Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 || ppespuma@arrakis.es
Información: www.paginasdeespuma.com

Después de una cuarentena ponemos en venta la casa

La escritura de este texto, la labor de ilustración que atesora, la edición de Páginas de Espuma nunca imaginaron que el protagonismo de una casa podía ser visto desde una crisis sanitaria que nos ha obligado a pasar semanas confinados en ella. La casa, siempre protagonista en nuestras vidas, ha sido ahora más que nunca el principal testigo de nuestros temores y complicidades, inseguridades y esperanzas. Se convirtió en refugio, en hábitat exclusivo de nuestras vidas. Ahora enfrentamos salir de ellas. En este último libro de Mercedes Abad, una casa junto al mar está en venta. Por ella desfilan posibles compradores que la visitan, la alaban o reniegan de ella. Sin embargo, no es a ellos a quienes escuchamos, no es al agente inmobiliario al que oímos. Quien siente, quien se emociona, que reflexiona, quien se confiesa ante nosotros es la propia casa, que desde sus paredes, su suelo y su techo, es piel y latido de todo lo que ocurre. Mercedes Abad establece magistralmente el animismo de un espacio tan complejo como un futuro hogar, testigo de todo aquello que hacemos o dejamos hacer. Desde su omnipresencia nunca mejor dicho los personajes están dentro de la voz del narrador y todo ello con una prosa siempre irónica y ácida, que acaricia y corroe simultáneamente. La voz de una de nuestras grandes escritoras que en esta ocasión es ilustrada por las espléndidas imágenes de Álvaro Ardévol.

© Miriam García



Mercedes Abad

Mercedes Abad nace en Barcelona en 1961. Tras algunos escauceos con el mundo del cine y el teatro, en 1986 gana el premio de narrativa erótica La sonrisa vertical, con su libro de relatos *Ligeros libertinajes sabáticos*. Desde entonces ha publicado varios libros de relatos: *Felicidades Conyugales* (1989), *Soplado al viento* (1995), *Amigos y fantasmas* (2004, Premio Mario Vargas Llosa), *Media docena de robos y un par de mentiras* (2009) y *La niña gorda* (2014). Ha publicado también dos novelas, *Sangre* (2000) y *El vecino de abajo* (2007), y un ensayo juguetón y humorístico, *Sólo dime dónde lo hacemos* (1991). Además es autora de diversas obras de teatro y de varias adaptaciones, entre ellas *XXX*, versión de *La filosofía en el tocador* (Marqués de Sade), de la Fura dels Baus, y *Las amistades peligrosas*, de Christopher Hampton. Su obra ha sido traducida al italiano, al alemán, al neerlandés, al portugués y al finés y ha sido incluida en numerosas antologías. Actualmente imparte clases de narrativa en la Escola d'Esriptura del Ateneu barcelonés.

Entrevista

Ni un narrador, ni alguno de los personajes... quien nos traslada su historia es un espacio, una casa dispuesta a compartir lo que experimenta, siente o percibe. ¿Qué planteamientos entraña esta especie de animismo y qué dificultades técnicas le han supuesto?

Empecé a escribir la historia desde el punto de vista de la propietaria del piso y me atasqué. Al poco, por una de esas extraordinarias casualidades que hacen que el libro que necesitas caiga en tus manos en el momento preciso, di en leer *La casa*, de Manuel Mujica Lainez, una novela en la que una casa cuenta la historia de toda una familia a lo largo de unos sesenta años. La novela es espléndida pero, sobre todo, me regaló el punto de vista. En cuanto comprendí que quería narrarlo desde la casa, y que fuera la historia de la casa y no de los personajes, todo fluyó. Empecé a tratar de sentir y pensar como lo haría una casa que, obviamente, sólo puede saber de sus moradores cuando los tiene dentro. Escribir un libro no siempre es una aventura placentera pero

esta lo fue. A lo mejor siempre he querido ponerme en el lugar de una casa: mi padre, que murió hace unos años, era constructor y me pasé la infancia visitando solares y casas en construcción. De hecho, antes de sumergirme en la escritura de *Casa en venta*, estaba luchando con un libro sobre mi padre que me ronda pero se me resiste desde hace años. Sin duda esta historia es en el fondo un homenaje a él, para quien las casas fueron tan importantes.

En cualquier caso, me pareció que narrar la espiral de locura en la que se hunde una mujer era más interesante si quien la contaba no era ella ni tampoco otro ser humano. Al fin y al cabo, la mirada ajena nos modifica: en cuanto sentimos que nos miran, nos «escenificamos», nos convertimos en animales sociales. Representamos un papel, fingimos, ocultamos lo que nos avergüenza de nosotros mismos, mentimos para encumbrarnos por encima del otro, para ser más o, sencillamente, nos adaptamos camaleónicamente a lo que creemos que los demás esperan de nosotros. La casa, en cambio, ve a los personajes que la habitan cuando ellos creen que nadie los mira. Ahí no hay máscara ni simulación posible: la casa ve lo que su propietaria trata cuidadosamente de ocultar al resto del mundo. La casa asiste a todas las etapas por las que atraviesa la mujer que la habita. Creo que ahí está la gracia y la fuerza de ese punto de vista. Ya lo dice el dicho popular: «¡Si las paredes hablaran cuántas cosas contarían!» Ahora, con el confinamiento, las casas han cobrado además un insólito protagonismo: han sido, alternativa y a veces simultáneamente, refugio y cárcel; sanatorio, gimnasio y escenario para la introspección. Muchos que antes pasaban en ellas pocas horas las han redescubierto también. Me contaba el otro día un amigo que ha vuelto a enamorarse de su casa. Que pensaba venderla dentro de cierto tiempo pero que ahora, después de la estrecha relación de embeleso debida al confinamiento, le costará abandonarla. Me pareció hermoso que una tragedia cambie hasta ese punto nuestra percepción de nuestro espacio cotidiano.

Por otra parte, aunque la casa percibe aquello que nadie más percibe, narrarlo desde ella me permitía un mayor distanciamiento en un tema ya de por sí truculento que, narrado desde los personajes, podría fácilmente haber caído en el melodrama, un género que detesto.

***Casa en venta*, quizá por este punto de partida, es su libro más pleno en plasticidad, en impresiones y en sensaciones. Sin duda, todo ello teje un ritmo que acompaña al**

tema de la obsesión que crece en el libro y de la progresiva incomunicación entre los protagonistas. ¿Cómo reúne esa naturaleza sinestésica y esa trama ágil y eficaz que recorre toda la historia?

He construido la casa como un cuerpo que palpita, vibra, ve, oye, huele, se estremece bajo las pisadas de las distintas personas que la recorren, se siente acariciada o maltratada. Pero también tiene una mente que elucubra, espera, sueña, desea, incluso siente antipatía o simpatía, se deja llevar por la pasión, intuye y saca conclusiones... Repara en cosas en las que nadie más repararía: por ejemplo, de la fuerza y la velocidad de las pisadas de alguien deduce características psicológicas y estados de ánimo. Su principal ambición es ser la casa perfecta, de modo que vive bajo la urgencia de que sus propietarios sean felices viviendo dentro de ella. Es un poco la casa madre. En su egolatría (porque tiene un ego como una catedral), incluso se ve a sí misma con un toque de divinidad a la manera de los dioses Lares y Penates de los romanos, que protegían y custodiaban a la familia. Aunque ella se permite ser crítica con sus moradores. En cuanto al ritmo, me obsesionaba que fuera muy musical, casi una partitura que galopa in crescendo hacia el clímax. Para mí, la música es el alma de la literatura. Procuero llevar a la práctica algo que sostiene el crítico literario Jordi Llovet: «La literatura es 50% sentido y 50% música». Para que la tensión se mantenga hay que espolear al caballo: que la historia corra. Y más si estás narrando la espiral de locura en la que se hunde un personaje.

Hay otras posibles lecturas sobre las que nos gustaría que reflexionase. La gentrificación, la expulsión de los ciudadanos a la periferia, la compraventa imposible en el mercado actual. ¿Su libro tangencialmente podría leerse en esta clave?

Exacto. Las zonas llamadas periféricas van absorbiendo a gente exiliada de las grandes ciudades donde los precios de las viviendas se han vuelto prohibitivos a causa del boom turístico que viven ciudades como Barcelona y Madrid. Pero no son sólo los precios imposibles de lo que huye la gente, sino del infierno cotidiano de ver como todo se vuelve una especie de falsificación, un parque temático antiestético y grotesco donde una masa invasora y acrítica llega en peregrinaje para besar el santo y compartir fotos por las redes sociales. Ver a los turistas caer en éxtasis ante algo tan monstruosamente feo como la actual Sagrada Familia es una experiencia que mueve a

la reflexión. La saludan con alborozo y la fotografían desde todos los ángulos porque se sienten culturalmente proclives a encontrarla bella por espantosa que sea. Les faltaba ese cromó y ya lo tienen, y balan de felicidad, felicidad de rebaño. Una de las cosas buenas de la crisis mundial del coronavirus es que puede que todo eso haya pasado a la historia.

Hay también un retrato lleno de ironía, no ajena a una posible mirada crítica, de esa clase media “progre”, intelectual, con sus cenas, sus conversaciones, sus miradas. ¿Qué intención puede haber en esta radiografía?

Sí, se me cuele en la historia un retrato de mi generación, la que cumplió veinte años en los ochenta, entre la transición, la posmodernidad, la sensación de que por fin éramos modernos e interesantes para el resto del mundo, cuando decir que eras español te añadía atractivo incluso ante gente tan recalcitrante como los franceses, y el desencanto, el sida... Es una generación muy hedonista y muy proclive a los paraísos artificiales y que, como lo dice la escritora Olga Merino, no ha tenido demasiada relevancia política, quizá porque hemos sido revolucionarios de salón o, mejor dicho, de bar de marcha, y lo único que nos hemos tomado realmente en serio es el arte, la cultura y la fiesta. Y porque muchos de los mejores de esa generación murieron de sida o de sobredosis o se quedaron colgados de un viaje de ácido.

Un elemento sustancial y esencial del libro es que es un libro ilustrado. ¿Cómo se siente con ese diálogo compartido entre la palabra y la imagen? ¿Qué aporta en la visión que tiene de su escritura que se enriquezca y amplíe con un lenguaje visual?

Siempre es sorprendente ver trasladado a un lenguaje plástico lo que has concebido con palabras. Pero justamente esta es una historia muy plástica, muy vinculada a un espacio-cuerpo, que es el que narra la historia. Los personajes que evolucionan en ese escenario no dejan de ser figurantes, piezas que serán sustituidas por otras en el futuro. Lo más extraordinario de las ilustraciones es que su autor ha conseguido plasmar el punto de vista en ellas. Es la casa quien mira, quien observa, quien escudriña a unos personajes que a menudo se nos muestran de espaldas, absortos y desprevenidos. No saben que sus gestos y sus actitudes están siendo minuciosamente radiografiados y que sus palabras son atesoradas con devoción y avidez por esa casa que contará su historia.